

7.6. Necesidad de revisión constante

Sí, verdaderamente parece necesario revisar más a fondo la Historia de la Iglesia y la visión de la parte edulcorada o demasiado teñida de espíritu viejotestamentario, que muchas veces y desde el comienzo se ha impuesto en la Fraternidad de Jesús. La lucha de contrarios (tradicón-innovación) ha causado y sigue causando mucho daño y desorientación entre creyentes, así como también entre creyentes y no creyentes.

Es preciso volver al Jesús auténtico, que nos reflejan los Evangelios en su línea medular, la más histórica posible, y beber de sus ideas y conductas más originales, más nuevas y creativas, que contemplan al ser humano en su integridad, como hijo de Dios Padre, -que lo ama y espera, sin dejar de estar ya con él-, y como protagonista de un Proyecto de convivencia social, fraterna, justa y positiva, alegre, pese a todo; conscientes de que la tierra es una estancia provisional, aunque por tanto egoísmo la hayamos convertido en una mala posada.

Y al volver al Jesús auténtico, al medular, purificaremos algunos aspectos del concepto de Dios, que corresponden a la imagen del Dios viejotestamentario, en exceso antropomorfizado, que bastantes de los primeros creyentes judíos, formados en los esquemas del Pentateuco, de modo claro o sutil, lograron transmitir. Probablemente con buena intención.

Por ello se comprende la interpretación -permítaseme recordarlo-, que los nuevos conversos judíos hicieron de la muerte de Jesús: Como reparación, expiación, aplacamiento y satisfacción de la justicia divina..., creando una imagen deformada de Dios, imposible de entender y de aceptar. Así, de un Dios que **necesita expiación**, se pasa fácilmente al Dios que **justifica la violencia**..., como en el A. T. Se pasa y se asume un concepto de Dios **intolerante**.

No insisto más en el tema, que ya vimos anteriormente, y que bastantes teólogos y exégetas modernos sugieren reinterpretar. Sólo digo que merece una reflexión profunda, sin miedos, porque de ella no puede salir más que una imagen más correcta y digna de Dios Padre Madre, Amor humilde por su misma esencia, como es el Dios de Jesús de Nazaret. Así santificaremos su nombre, así transmitiremos una buena imagen de Él y la viviremos con más autenticidad y coherencia, como nos pidió el Señor que suplicáramos en el Padre Nuestro.

Pues bien, -y permítanme en esta reflexión retornar a un tema ya sugerido-: esa corriente tradicionalista, tan fuerte y persistente, por poco que las circunstancias le ayudasen, trataría -trató- de volver a sus orígenes e introducir otros esquemas de vida y

pensamiento tradicionales, como el del sacerdocio levítico, **-segregado, jerárquico y monárquico-**, que era el habilitado para ofrecer **sacrificios**, pese a que no encajaba en el espíritu del Reino, como claramente expresa la carta a los Hebreos en algunos pasajes. (¿Con esta carta el autor no se estará posicionando en contra de esa tendencia viejotestamentaria, reitero?)

En cualquier caso, la consecuencia fue que ese sacerdocio segregado, jerárquico y monárquico, se impuso y se encumbró tanto, y tanto se endiosó, que, en tiempos no muy pasados -hasta el siglo XX-, llegó a prescribir la reverencia y la postración, con beso incluido, **en los pies** del sucesor de Pedro... Todo lo contrario de lo que el mismo Pedro rechazó: “Yo también soy humano”, dijo a quienes se postraron a sus pies, impidiéndoselo, tras una acción bondadosa de curación sorprendente. (He. 10, 25-26) Todo lo contrario del lavado de pies que realizó Jesús, y de su pregunta: ¿**entendéis bien** lo que acabo de hacer? (Jn. 13, 12) ¿Qué quiso subrayar con esa pregunta? ¿No fue -es un aviso contra ese encumbramiento que ocurriría más tarde?

El hecho histórico es que poco a poco el dirigente servidor, seducido por la tentación del poder, fue encumbrando y sacralizando tanto su posición y su persona que en algunas épocas resultaba difícil reconocerlo como servidor de la Fraternidad de Jesús. Así se olvidó de la igualdad fraterna, y de que trabajar por la humanización de la sociedad y la dignificación del ser humano, sin someterlo a cargas pesadas, es dar testimonio de su función: Ser servicio. Lo cual es también la mejor manera de cristianizar y de difundir el Reino.

De esta forma, se fue reconvirtiendo poco a poco en un principado terreno con poderes y funciones civiles, incluso con intentos y hechos de control legitimador sobre la autoridad civil en unas épocas, o de cohabitación y respaldo venal, obsceno, en otras...

Y esto a costa de oscurecer y debilitar la fuerza transformadora del Evangelio y en parte la figura del mismo Jesús. ¿No equivalía esta conducta a un nuevo “no le conozco”? La venta del Señor, por parte de un apóstol, se ha vuelto a repetir en muchas ocasiones a lo largo de la historia... La tentación del poder, que rechazó Jesús, y la poca fe consiguieron que muchos cambiaran el servicio por el mando. Por falta de luz adecuada, no se percibió el horizonte de un más allá y caímos en la tentación de lo inmediato, del poder y del dinero, de figurar como los más importantes, a costa de no reconocer esa función como un servicio humilde.

Cómo le llamamos a esto: ¿falta de fe, poca fe, saduceísmo que no cree en el más allá, o acomodo del Reino a un reino telúrico que no entiende al Señor?

La asimilación del mensaje de Jesús, que va más allá del aquí y ahora, no resulta fácil sin una conversión previa y a fondo de mente y de corazón, es decir, sin un hombre nuevo, renacido.

Así se comprende que la institución religiosa haya caído en puritanismos y graves incoherencias; que haya sido, y aún lo sea hoy, tolerante con lo que Jesús no fue: el poder abusivo, la acumulación de dinero y riqueza a costa del hombre, la corrupción

institucionalizada -¡tanto IOR convertido en paraíso fiscal...! ¡Tantas indulgencias que traficaron con la salvación...!-, la ostentación y el encumbramiento, la falsedad interna con apariencia de honestidad, aunque produzcan escándalo... Y en cambio haya sido intolerante con el innovador, aunque fuera fruto bueno, que miraba por el ser humano.

Jesús -y el Dios que nos revela Jesús-, no procede así: Quiere un servicio humilde, servicio sensible al sufrimiento humano, que no se desentiende de los problemas de aquí, y que -en buena parte- están en nuestras manos para que intentemos resolverlos. Por eso pide colaboración.

Insisto: El mensaje del Señor conlleva un **Proyecto de humanización** de la sociedad, ante el que la jerarquía (éste no es un término cristiano), atrapada en el sistema de poder, ha prestado poca atención y no se ha comprometido a fondo a lo largo de la historia; pocas veces se ha pronunciado, demasiadas veces callado y **pasado de largo** como el sacerdote aquel.

La Iglesia tiene que persuadir y convencer más con su palabra y ejemplo testimonial, y cuando esto no baste lanzarse en grupo, unidos y en actitud persistente -aunque sin violencia-, a denunciar tantos abusos y atropellos, tantas leyes o decretos que maltratan al hombre y favorecen al poderteniente opresor.

Esas leyes o decretos -frecuentemente para favorecer a privilegiados y poderosos, y cuya aprobación trata de justificarse muchas veces diciendo que los promulgan como representantes **del pueblo**-, ¿qué son? ¿Esta conducta no es cínica? ¿Esto no es un verdadero **escándalo**, de ésos que condenó Jesús de Nazaret? ¿La Iglesia como Fraternidad y cada uno de nosotros podemos callarnos, como creyentes y seguidores del Señor, ante tanto abuso, maltrato e hipocresía que trata de justificar ese maltrato? ¿No valen aquí las palabras del salmo 82, 4: Librad al pobre y al necesitado, sacadle de las garras del impío? ¿No es ésta una función descuidada de la Iglesia por tanto acomodamiento?

La “prudencia” no puede llevarnos al silencio cómplice, ni debe ser un encubrimiento de infidelidades, de miedos, de cobardías, de egoísmos... El Señor pide una prudencia razonable y un testimonio valiente, como es el de predicar con el ejemplo y con el compromiso personal, unidos a la gente de buena voluntad, que reclama más atención al ser humano.

La Fraternidad de creyentes y discípulos de Jesús de Nazaret tiene que unirse a cuantas organizaciones denuncien la injusticia, que causa tanto dolor, y, **juntas**, luchar pacíficamente, con lucidez y con fortaleza por un nuevo orden ético y social, que respete al hombre y no tolere el abuso y la corrupción. Esto sería cumplir de verdad con lo que pedimos en el Padre Nuestro: que se haga su voluntad en la tierra...; y no se hará de modo mágico, sino con el esfuerzo y el compromiso persistente de muchos unidos.

El periodismo de investigación -periodismo honrado, ético, altruista-, que investiga y denuncia falsedades, manipulaciones, corrupciones en la sombra, escándalos, abusos y saqueos etc. etc. a costa de los débiles o del bien común, puede y debe ser una función profética de los seguidores de Jesús de Nazaret, empezando por sus servidores. Servidores que deben estar en primer lugar al servicio y en defensa del necesitado, de quienes sufren las consecuencias de tales abusos. A mi juicio, éste sería uno de los mejores testimonios de los creyentes que quieren seguir de cerca al Maestro. Sería la versión moderna de liberación del cautivo, del indefenso, del oprimido, del manipulado, del alienado...

La Iglesia o se compromete abierta y sistemáticamente con el oprimido, aunque eso le ocasione críticas y persecución, o se hace cómplice -pasa de largo- con su silencio o con palabras ocasionales o en voz baja, algunas de ellas escritas, ciertamente; pero retiradas de hecho en una biblioteca. Y quien no tenga esa vocación de denuncia y de asumir riesgos -prudentemente, como recomendó el Señor-, será un mal servidor del Reino; y un servidor débil, no debería ocupar ese puesto de servicio, que tanta entrega, humildad y fortaleza requiere.

Claro que esto supone y exige que quienes denuncian estén limpios... y/o sinceramente arrepentidos y convertidos al Reino; si no están suficientemente limpios y arrepentidos-convertidos, si no son fuertes y humildes, no sirven para servir. En cualquier caso, esas denuncias fundadas en el Evangelio del Señor no pierden valor porque las formule un pecador arrepentido, porque su conducta no siempre haya sido coherente. El nombramiento de Pedro -infiel pecador arrepentido y humilde-, como primer Servidor y Pastor de la Fraternidad de Jesús, fue sin duda intencionado. Me pregunto de nuevo: ¿No hay aquí una lección muy clara, que tal vez no hemos reflexionado suficientemente?

La Palabra de Jesús se halla por encima de la debilidad humana, no pierde su valor porque se sirva en una frágil vasija de barro, que es el servidor humano, con tal de que éste sepa dar testimonio humilde que fortalezca la fe de sus hermanos, como vimos.

Pues bien, la Iglesia jerárquica debe revisar más a fondo su historia de acción y de omisión, en la que hay mucho pecado y alguna doctrina poco coherente con el compromiso evangélico que se plantea en el Reino. El ejercicio de “sublimación” espiritual que ha realizado en la historia fue -es- un escape evasivo del compromiso que encarna el Reino. Y esto constituye una flagrante infidelidad al Señor, un nuevo “no lo conozco”.

El silencio tan clamoroso por parte de la jerarquía durante tantos siglos, y que tanto resuena lamentablemente aún hoy en la tierra -como si constituyera un fondo de radiación histórica...-, ¿qué está revelando? Que la Iglesia jerárquica estuvo y en parte todavía se halla atrapada -acaso demasiado identificada- por el sistema, pues en demasiadas ocasiones ha vuelto a vender al Señor, y a los hermanos necesitados que sufren, por treinta dineros de bienes, de privilegios y de comodidad...

¿O tendremos que pensar que tanta reinterpretación y acomodación la ha hecho insensible ante una situación tan injusta como la que vivimos? Los obispos y sacerdotes

y religiosos y religiosas... deberían ir más por barrios pobres para ver e informarse y sensibilizarse y compartir... y reclamar y denunciar... Pienso que éste debería ser uno de los compromisos de los que quieren seguir al Señor más de cerca.

Bendito papa Francisco, que acaba de empezar y da testimonio con el ejemplo de vida..., y que ha dicho que “la caridad que deja a los pobres tal y como están **no es suficiente**..., la caridad pide justicia, pide que el pobre encuentre su camino **para que deje de ser pobre**”. Y para que deje de ser pobre es preciso revisar a fondo, muy a fondo, el sistema que genera injusticia -riqueza de injusticia-, como diría el Señor. Y esto requiere -tal vez como condición previa por parte de todas las religiones y de la Iglesia de Jesús- un compromiso de renovación-conversión interna.

El Dios de Jesús no justifica la violencia, pero tampoco guarda silencio ante la injusticia y el abuso. Por eso los condena duramente, expresamente, como ya habían hecho algunos profetas... El Dios de Jesús y Jesús mismo se ponen al lado, se identifican con el que sufre y pasa hambre... No olvidar esto, tenerlo siempre muy presente, si queremos ser sus discípulos y seguirlo en más perfección.

No podemos aceptar la confesión cristiana de quienes callan, propician -con ventas a fondos buitres, por ejemplo-, o encubren situaciones de maltrato y abuso del débil... con leyes que claman al cielo. Toda vocación cristiana lleva en sí una dimensión profética, especialmente en los que sirven o en los que quieren seguir al Señor más de cerca. ¿Esto no plantea alguna pregunta a la “vida de **perfección** religiosa y contemplativa”, demasiado evadida de la realidad de cada día? Tal como se halla enfocada, ¿no resulta demasiado cómoda? ¿Un trabajador con familia, de cualquier barrio, que vive justito o con apuros a veces, y que vive su fe en el Señor, ¿no lo seguirá más de cerca?

No deformemos a Dios y la religión con un proyecto de seguimiento religioso sublimado y evasivo. El Dios de Jesús y Jesús es más humano y más sensible al dolor. Dios no quiere sacrificios ni sacraliza el sufrimiento; sólo lo acepta, cuando es inevitable, -como un acto de amor-, por hallarse ligado a la evolución y a la fragilidad de la materia, pero no cuando es obra del hombre.

Esta vida sólo es valle de lágrimas si nosotros nos empeñamos con nuestro egoísmo que así sea. El dolor, en nuestra condición de encarnados, es muchas veces inevitable, y es importante saber llevarlo bien y aceptarlo con paz. Ésta es la cruz de cada día que nos exhortó a llevar el Maestro.

Pero el dolor evitable, generado por nuestro egoísmo, debe ser objeto de nuestro esfuerzo liberador. El amor cristiano tiene una función de liberación terapéutica, es redención del dolor y del maltrato, que es puro pecado.

Ésta es una función prioritaria de la Iglesia-iglesias cristianas, si quieren llanarse tales. La vida también da pie para la alegría profunda, alegría que no es frivolidad. Desde la fe y la confianza en Dios Padre, la esperanza, el amor y la alegría son la forma de vida más lógica y coherente.

El retorno a lo viejo, que no es fácil de evitar, a causa de nuestros condicionamientos y de nuestra tendencia a mirar atrás -sobre todo en los que mandan o sirven poco-, equivale de hecho a una deformación del mensaje del Reino. En esa deformación han caído hasta algunos declarados santos, que -hijos de su tiempo-, no siempre entendieron **del todo bien** a Dios, a Jesús y su Reino, como probablemente tampoco nosotros hoy.

En el campo de las ideas y convicciones de los mejores cristianos suele haber algo de cizaña -errores, interpretaciones o actitudes equivocadas-, junto al trigo de sus buenas obras, de su amor generoso. Esto en humanos, que viven en una sociedad condicionadora y con ideas muy limitadas, en fase de maduración y liberación..., no debería sorprendernos. Sin duda también por esto Jesús nos invita a **no juzgar a personas** concretas, y menos a condenarlas... Nos invita a la comprensión y al perdón, pero sin dejar de ser lúcidos y críticos con ciertas conductas o con el sistema, religioso o social, como Él fue... El análisis crítico, lúcido, bondadoso y comprensivo, conduce a la verdad que libera.

Algo similar a la deformación de interpretaciones en que han caído algunos llamados santos, también ha ocurrido en la doctrina de algunos obispos, papas y concilios. Basten algunos ejemplos, antiguos y modernos, como éstos:

--S. Agustín y la dureza intransigente, a veces casi implacable, con Pelagio y los donatistas... S. Agustín y su doctrina del pecado original..., que, aunque en su tiempo a algunos, y posteriormente a muchos, parecía tener algún fundamento bíblico -¿por qué el mal?-, hoy nos parece claramente un error. Jesús fue más comprensivo con las ideas de los saduceos...

--S. Anselmo con su doctrina juricista sobre Dios, “necesitado” de un sacrificio expiatorio de valor infinito... para reparar las ofensas..., y su influjo en la espiritualidad...

--S. Bernardo que, predicando las cruzadas, aprobaba matar infieles... ¿en qué se diferencia de un imán o de un ayatola de hoy que aprueba el “martirio” de un kamikaze contra infieles?

--El concilio IV de Letrán (1215) aprobó el exterminio de herejes y la denuncia anónima. El papa que lo presidía, Inocencio III, condenó la Carta Magna inglesa, que reducía el derecho absoluto de la corona a favor de la nobleza y del pueblo, lo que constituía un leve fermento democrático. Y como Langton, arzobispo de Canterbury, no compartía esa condena, fue depuesto...

Y esto en tiempos de Francisco de Asís, que veía las cosas de otra manera. La razón de Estado pudo con el teólogo y jurista Inocencio III, pese a que personalmente era un hombre piadoso. (49)

--Casi un siglo después, el papa Bonifacio VIII se atrevió a escribir: “Declaramos, afirmamos y definimos que someterse al romano pontífice es para toda criatura humana absolutamente necesario para la salvación”. Tanto que resistirse a este poder es resistir al

orden divino. (*Unam sanctam*, 1302) Puro señor absoluto, pura papolatría, que va contra la misma enseñanza de Jesús en la parábola del juicio final, “Venid, benditos...” Sólo este texto papal ya es suficiente para replantearse la doctrina de cierta infalibilidad, o cuasi infalibilidad, del magisterio, como sostiene, aún hoy, la rama conservadora, que persiste en su posición sacralizadora del magisterio...

--En tiempos modernos, Gregorio XVI (1832) sostiene en la encíclica “*Mirari vos*”: “La Iglesia sufre con cualquier novedad”. (¿!?) Estas palabras probablemente se escribieron de buena fe, pero tienen tela... ¿Cómo explicar que la Iglesia sufra con la novedad, cuando su Fundador fue todo innovación? ¿Qué Iglesia? La que han rehecho y acomodado las fuerzas jerárquicas y conservadoras durante siglos, en contra de la letra y del Espíritu del Señor Jesús, creativo por antonomasia, lleno de ideas y conductas innovadoras y de gran apertura mental. Del Señor Jesús que, por no respetar tradiciones deformadoras y enseñarnos una doctrina nueva, que transmitía una imagen más auténtica de Dios, y que daba sentido pleno y profundo a nuestra existencia, se jugó la vida...

--No es extraño que con estos antecedentes -expresiones del paradigma religioso medieval aún vigente-, algunos papas del siglo XIX se opusieran a la democracia, a la libertad de conciencia, a la libertad religiosa, a la libertad de prensa..., libertades que aún hoy son poco más que meras palabras, lamentablemente... (Una pregunta entre paréntesis: ¿En la parábola “Venid, benditos...” no se encuentra implícito un reconocimiento de pluralidad y de libertad religiosa?)

Hoy esas posturas tan cerradas y excluyentes parecen teóricamente casi increíbles, pero así fue -y es- la historia. Lo peor es que la corriente religiosa conservadora no quiere sacar humildemente las conclusiones..., y persiste impenitente. (Ver H. Küng: *Breve historia de la Iglesia*, en la Bibliografía)

¿Todo esto que acabamos de describir en las últimas páginas no se parece a una contra-gnosis, en versión moderna; contra-gnosis con un mestizaje de “espiritualismo” medieval y de inmovilismo teórico doctrinal sacralizado, que igualmente ataca y deforma la esencia del Mensaje del Maestro? ¿No habrá que tomar también -¡ya!, entre todos, colegiada y humildemente-, medidas fuertes contra ella, siempre abiertos a valores humanizadores, sin caer en la tentación del poder que se enquistas y se encumbra y arranca gavillas de buen trigo?

(Perdón. Como expresé en otro lugar, “Quién soy yo que pide enmiendas, / si en mi vida personal / soy todo un mar de flaquezas”...? Por eso quisiera ser comprensivo, no condenar a nadie, y pedir disculpas por mi atrevimiento..., que quiere ser humilde y sincero, pero también leal y fiel -en lo posible- a Jesús de Nazaret, más que a los hermanos hombres que dicen representarlo. Si hablo así es porque estoy convencido de que diciendo estas cosas, sin ánimo de ofender ni de provocar, en mi opinión, se hace un bien a la fe de muchos y se contribuye a una mejor comprensión del Reino que nos anunció el Señor. Hablando así se reconocen y se desacralizan errores humanos; errores que debieron reconocerse humildemente, y nunca racionalizarse y menos sacralizarse.)

Por otra parte, mi postura no es nada nueva: son muchos los teólogos y moralistas actuales que la defienden y con mucha documentación. Yo sólo quiero seguir esa línea y aportar mi granito. También yo estoy convencido de que la religión y la Iglesia del futuro será muy distinta de la tradicional, aunque las fuerzas conservadoras y tradicionalistas - incluidas las fuerzas políticas “cristianas”- no nos permitirán verla, de momento.

Dios no quiere la alteración de una auténtica jerarquía de valores, Dios no quiere el mal; pero tampoco que éste se elimine a cualquier precio, y menos con otro mal. Para el puritanismo griego -Pitágoras, Empédocles...-, la pureza era más importante que la justicia..., por ejemplo.

Justo el orden contrario al de Jesús. Sin embargo y pese a ello, ese puritanismo en parte pasó a la moral y a la espiritualidad cristiana a lo largo de la historia, deformándose el mismo concepto -o la jerarquía de valores- del bien y del mal moral. Aquí tenemos de nuevo la cizaña -¿una especie de gnosis, otro tipo de gnosis?- introducida en el Reino.

¿No tiene una buena parte de razón Nietzsche cuando dice que el bien y el mal lo definen los que sostienen y ostentan el poder y sus intereses, que luego sancionan con leyes y doctrinas...?

Esta historia se repite hoy dentro de la Iglesia, y también fuera de ella: El neoliberalismo determina qué es el bien y el mal para la sociedad..., e impone sanciones, silencios y decretos-leyes, que favorecen el interés de los de siempre..., a costa del sufrimiento o la marginación de muchos, a los que en la práctica consideran seres inferiores... Cuando W. Benjamin definió “**el capitalismo como religión**”, ¿qué quiso decirnos? No sólo que el Dinero era dios, sino que también dicta principios y leyes -mandamientos- como dogmas incuestionables que se deben acatar y seguir, y con ellos darle culto...

Lo peor es que mucha gente mal informada se lo cree, y, con su sumisión, propicia que estas enseñanzas obscenas se impongan como las únicas posibles. O yo o el caos, repite sin escrúpulos, impenitente, el poder. Como si no hubiera alternativas más nobles... Por ejemplo, pensar que los talentos de cada uno no son sólo para sí; son talentos que deben invertirse también en servicio a los demás, empezando por éstos más limitados o despojados de sus pocos talentos. (Lo que escribo no es una ingenuidad tonta; es puro evangelio, para quien pueda verlo.)

Pues bien, también en la Iglesia jerárquica con poder, más que con afán de servicio humilde, se ha incurrido en egoísmos, en abusos, en frivolidades y en errores notorios, por mucho que traten de silenciarse, haciendo un mal servicio a la verdad que el Señor inculca y sostiene. Estoy convencido de que si no se reconocen humildemente y “se desacraliza” **la jerarquía eclesial**, indebidamente encumbrada, difícilmente se corregirán ciertos fallos y abusos e infidelidades...

Basten algunos ejemplos más, ahora sólo modernos, de excesos en la Iglesia de Jesús -Iglesia del Señor, sí, pese a todo-, para reforzar lo que venimos diciendo:

--León X (siglo XVI) firmó la condena de Lutero ¡en una cacería!; y lo peor, **condenó** la frase de Lutero: “Quemar herejes va contra la voluntad del Espíritu”.

--Pío VI en 1791 se pronunció, como ya vimos, contra “la detestable filosofía de los Derechos Humanos”. Derechos que la Iglesia -mejor, la jerarquía-, no refrendó ni en el siglo XX, porque no los respeta.

--Gregorio XVI (siglo XIX) dijo que la riqueza -sin analizar su origen- es una bendición de Dios, siguiendo, sin matizarlo, algún pasaje viejo-testamentario. (En esa concepción de la riqueza como bendición de Dios, sin matizar más, estaría de acuerdo el mismo Calvino...)

En este tema anduvo más fino S. Juan Crisóstomo (s. IV), que matizó: La riqueza que proviene de la injusticia -casi toda?- es inmoral.

--Pío IX (s. XIX) condenó la democracia y todo liberalismo, menos el económico, que quizá era el único que debía haber cuestionado, o al menos haberle pedido más ética. (¿No hay aquí un ejemplo de mentalidad totalitaria poco evangélica? ¿Acaso esa mentalidad le llevó a definir su propia infalibilidad, incluso ya de buena fe?)

--León XIII (s. XIX-XX), pese a que tiene mucho mérito por sus teóricos avances sociales en la encíclica “*Rerum novarum*” (entre paréntesis, quizá sea bueno recordar que en algunos medios conservadores se aplicaron misas por la conversión del papa a raíz de esta encíclica...; ¿no ocurre hoy algo similar con el papa Francisco?); León XIII, digo, adujo “razones de peso” poco coherentes a favor de la desigualdad entre las personas, como algo querido por Dios, tema en el que habían insistido algunos papas anteriores del s. XIX, sin analizar el origen, frecuentemente inmoral, de muchas desigualdades... Hay un orden establecido por la Providencia, dijo, sin matizar suficientemente; lo que recuerda la poco cristiana carta de Clemente romano de principios del s. II.

El orden mundial actual es inmoral, y esto la Iglesia jerárquica del siglo XX sí lo ha dicho algunas veces, pero sólo por escrito y más bien con la boca pequeña -no lo repite insistentemente-, como ha hecho y aún hacen muchos sacerdotes y preladados con las condenas de tipo sexual, tema en el que tanto han insistido en voz bien alta y rotunda. ¿Esto no equivale a invertir el orden de los valores que propuso el Señor? (Ética, moral es **respeto a una jerarquía** de valores, no se olvide.) ¿Esto es magisterio fiel al Evangelio de Jesús? (Recuerda lo dicho más arriba sobre el puritanismo griego... Aquí está presente de alguna manera.)

--Por eso el card. Martini dijo recientemente, muy poco antes de morir: La Iglesia tiene que cambiar, “comenzando por el Papa y los obispos”. (50)

Jesús fue indulgente con los fallos de fragilidad personal, más bien íntimos, pero con el poder, con el dinero, con la opresión, con la falsedad de los dirigentes, con la hipocresía, con el que escandaliza (y es un escándalo el robo de muchos especuladores y banqueros

y políticos etc.) fue muy duro, fue intransigente. ¡Ay de vosotros!, ¡Más os valdría...!, dijo en voz alta más de una vez. (Mt. 23, 13-36)

Como sugerí anteriormente, en Jesús se encuentra una **nueva jerarquía de valores éticos**; jerarquía que cuestiona el orden tradicional y doctrinal, así como el mismo orden de la gravedad de los pecados, de esos pecados llamados “mortales”...

En cambio la Iglesia jerárquica clerical -tradicionalmente poder más que servicio- ha sido complaciente y a veces cómplice con esto que Jesús condena. Da reparo y pena escribirlo, pero lo recuerdo, no para condenar -yo no soy nadie ni libre de culpa para tirar piedras-, sino para contribuir a desacralizar y recordar que debemos ser humildes y estar más dispuestos a la renovación constante. (Yo también soy Iglesia y al decir esto pido perdón y oración, para convertirme de verdad al Espíritu del Señor Jesús.)

Insisto en la necesidad de una postura humilde para repasar nuestra historia y poder reconocer fallos, que permitan un cambio auténtico y renovador. De lo contrario, recurriremos a la descalificación del que señala con buena voluntad, y persistiremos en nuestras tradiciones, sin preguntarnos si por nuestra causa es blasfemado y rechazado el nombre de Dios entre las gentes....

La incapacidad de recibir críticas -Pedro las admitió humildemente-, le ha llevado en ocasiones a imponer su verdad, a veces discutible, como amos, contra la misma caridad. Lo cual hace pensar en una cierta idolatría de su razón teórica, tal vez de sesgo totalitario, aparte de la idolatría del poder y del dinero en que también han caído frecuentemente las cúpulas...

Cúpulas o altos estratos que, organizados como están, poco tienen que ver con el Evangelio del Señor. Con razón el teólogo Y. Congar, silenciado y perseguido por sus ideas -años 1950- en tiempo de Pío XII, y rehabilitado por Juan XXIII en el Vaticano II, afirmó: “El Estado vaticano, el aparato de la curia que dirige la Iglesia romana, impide una tarea plenamente evangélica y profética”. (51)

Son muy fuertes estas palabras, pero desgraciadamente pura verdad. Por eso parecen oportunas y significativas aquí las palabras de Jesús: Ay de vosotros, que ni entráis **ni dejáis entrar, pues cerráis a los hombres el Reino** de los cielos. ¡**Guías** ciegos! (Mt. 23, 1 ss.) ¿El alejamiento, la tibieza, la increencia de la sociedad de hoy no tienen nada que ver con esas conductas de los que sirven, conductas que muchas veces han sido, y aún son en demasiados casos, puro contratestimonio?

Permitidme que recuerde otra vez las palabras del card. Martini: Es necesario un cambio en la Iglesia, comenzando por el papa y los obispos. Lo que incluye en primer lugar el Vaticano y la curia, lógicamente...

Necesitamos una conversión al Evangelio y al Dios de Jesús, con una teología y una moral más evangélicas -lejos de las jerarquías y del poder-; no complaciente con el dinero, más testimonial, más sencilla, más diáfana...

Mientras esto no ocurra, no se tolerará la crítica interna, aunque sea objetiva y hecha con buena intención. La sacralización del poder, la instalación en ese poder y la falta de humildad, de conversión interior, -pese a los muchos “ejercicios espirituales” que se hacen-, no admite la crítica, y menos la denuncia. Es el mecanismo de autodefensa que utiliza quien carece de razón y/o su compromiso es demasiado inmaduro, poco auténtico. Se protege, prohibiendo, castigando, descalificando, condenando... a cristianos de fe y caridad probada. (Lo que no excluye que en algún caso concreto no tenga razón, si el procedimiento se realiza en caridad.)

Sin una conversión auténtica se comprende que bastantes altos estratos sigan apegados al poder -¡y mantengan luchas intestinas de poder!-; se comprende que algunos “altos cargos” sean tan autoritarios y escuchen tan poco. No saben convivir y servir desde la igualdad. Con razón ha escrito M. Velasco: “Uno de los mayores obstáculos para la evangelización y credibilidad de la Iglesia se encuentra en las estructuras mismas de la Iglesia”. Resulta duro y penoso decir esto, pero lamentablemente es así. (52)

Se evangeliza o contraevangeliza más que con palabras con las obras, con el testimonio o contratestimonio de vida. El vicio del contratestimonio es desgraciadamente muy viejo, tiene callos en la Iglesia. “Han pasado a nosotros los vicios de los fariseos”, escribía S. Jerónimo a fines ¡del s. IV! Y unos siglos después S. Bernardo escribió a su discípulo el papa Eugenio III: “No pareces sucesor de Pedro sino de Constantino”. Estas palabras en el fondo, ¿no han mantenido vigencia, desgraciadamente, hasta nuestros días, con algunas raras excepciones? (Así, entre paréntesis, una pregunta más: ¿Estas palabras de S. Bernardo no disuenan con las que vimos un poco antes cuando predicaba las cruzadas y aprobaba muertes? ¿No se constata aquí la mezcla de bien y de mal, de verdad y de error -cizaña, punto negro- en cada uno de nosotros, incluso en los declarados santos?) Como dijo el Señor, sólo Dios es perfecto.

Basten estos pocos datos para poder concluir con Y. Congar: “Todavía no hemos salido de la era constantiniana”. (Aquí se encuentra encubierta la cizaña). Y en estas condiciones en que bastantes pastores se apacientan a sí mismos y a sus tradiciones -son los pastores asalariados, que diría Jesús- (Jn. 10, 12-13), las ovejas se dispersan, como viene ocurriendo desde hace mucho tiempo.

El ateísmo es obra de ellos, dirá Dostoieusky en *El Idiota*, como ya vimos. Todo por el empeño de querer compaginar Dios y poder-dinero, de coser y unir paños nuevos y viejos, de ofrecer vino nuevo en odres viejos, de apropiarse de la verdad en exclusiva sin reconocer errores propios..., en contra de la voluntad del Señor.

El sacerdocio levítico, segregado, jerarquizado, introducido progresivamente a partir de fines s. I, ¿no es también eso, unir paños viejos y nuevos? Los fallos de Pedro, que Jesús predijo, ¿no son un anuncio implícito de lo que había de ocurrir después de Pedro y por el Pedro de cada época? “Yo sé bien a quiénes elegí”: seguidores con muchas flaquezas y limitaciones..., recordemos de nuevo.

¿No es esa afirmación un aviso para que no nos sorprendamos demasiado, a fin de que no desfallezca nuestra fe? ¿No es un “os lo digo”, a fin de que no os sorprendáis ni os escandalicéis demasiado y no se debilite vuestra fe en Mí? ¿A fin de que no dejéis de celebrar juntos la Eucaristía conmigo? (Jn. 14, 29 y 16, 4)

Lo que ocurrió en vida de Jesús y con Él -disputas por ser el primero, por el poder, condenas con fuego del cielo contra opositores, traición por dinero, negaciones, huidas, incredulidades...-, ¿no es una lección y parábola práctica, con hechos reales, que el Señor nos quiso dar, para que no nos sorprendiéramos demasiado, para que estuviéramos vigilantes y humildes, para que orásemos más y no condenáramos fácilmente; para que, pese a todo, nos amemos y nos perdonemos y permanezcamos unidos..., como testimonio fundamental?

En suma, el Jesús innovador y en alguna manera rupturista no se puede mezclar, presentar y servir -insisto- en odres viejos..., como han hecho en la historia y aún hoy pretenden repetir los creyentes más conservadores. Una vez más con su conducta -y también con algunas ideas muy viejas- persisten en la idea de corregir la Buena Nueva del Señor.

De nuevo la pregunta: ¿Tiene sentido y credibilidad que Jesús fuese un gran innovador, que superó la Ley y las estructuras vetustas del A. T. -sin rechazar la verdad esencial de la revelación, que naturalmente asume-; que no respetó tradiciones, y la Iglesia sea tan conservadora y apegada a una tradición, que no siempre es la genuinamente **evangélica**?

Al Jesús innovador y creativo, con ideas nuevas -buen trigo-, que significaban una clara ruptura con la tradición oficial conservadora, se opone la tradición generalizada y mal entendida, sobrevalorada, que trata de sofocar el desarrollo del buen trigo. Me pregunto de nuevo: ¿no es esto la cizaña, que predijo el mismo Señor, sembrada por el enemigo en su Reino?

Pablo fue bien consciente de ello: lo viejo no vale. La Iglesia jerárquica clerical, en cambio, respondió con un retorno a esa tradición, convirtiendo la Buena Nueva de Jesús a veces en mala vieja, dando un servicio con odres viejos que revientan. En esto también se corrigió a Pablo.

El empedernido e interesado tradicionalismo clerical no es capaz de entender que la lección de los odres tiene una vigencia constante, y a medida que pasa el tiempo más actualidad. La tradición pesa demasiado en las cúpulas, aunque ponga en evidencia las disonancias y las infidelidades al espíritu del Señor, infidelidades que tanto alejamiento han producido entre los fieles...

Pero no importa: El tradicionalismo sabe racionalizar esas disonancias..., como tantas veces ha ocurrido en la historia. Y racionalizar es un modo de encubrir, de aparentar, de maquillar, de hacer parecer, pero nunca de justificar verdaderamente. El mecanismo de la racionalización se aproxima a la postura hipócrita, a la hipocresía.

El conservadurismo no se puede oponer a la innovación, -que sustancialmente es una conversión profunda en el fondo y en las formas-, apelando a la tradición, cuando tenemos el ejemplo del mismo Jesús, que la cuestionó en bastantes ocasiones; y de Pablo, que sufrió por ser fiel a esa ruptura innovadora del Señor.

Esa tradición no siempre ha entendido bien al Señor y no siempre ha seguido su camino y su ejemplo: En los evangelios se observa que Jesús, que era pragmático -en el mejor sentido del término-, subrayó la ortopraxia como más importante que la ortodoxia; el amor y las obras como más importantes que las ideas y aún que las creencias religiosas y sus tradiciones.

Lo recuerdo una vez más: Sorprende y hace pensar cómo con los saduceos, que no creían en la vida eterna ni por tanto en la resurrección -esencial en la fe de Jesús-, cuando le presentan el caso de la mujer que había tenido siete maridos..., no condena su increencia. Se limita a decirles: “No entendéis bien las Escrituras. Estáis equivocados”. Y este “no entendéis bien” se lo dice nada menos que al grupo que representaba la clase sacerdotal...

Jesús no condena ni descalifica por motivos de fe o creencias -ni a saduceos ni a los samaritanos-; y sin embargo, condena duramente a los ricos avaros, a los hipócritas, a los dirigentes religiosos que imponen cargas y abusan de la buena fe del pueblo... Así como también a los que escandalizan... ¿No se encuentra aquí bastante explícita una **nueva jerarquía o escala ética de valores** -y de lo que es verdaderamente pecado más grave-, de la que no hemos sacado las debidas consecuencias doctrinales y prácticas, recuerdo una vez más?

No es la ortodoxia -por la que nos hemos perseguido y matado-, sino la ortopraxia lo que preocupa y mueve a Jesús. ¿No hay aquí una gran lección aún no aprendida? ¿No necesitamos revisar nuestra “conversión” cristiana, empezando por quienes señala el card. Martini?

Así se rompió y derramó la credibilidad de la Iglesia y su misma unidad, que tanto le preocupó a Jesús. (Jn. 15, 1-18 y 17, 19-25)

Hoy lamentablemente todavía quedan en la Iglesia demasiados restos de aquellos lodos, demasiada cizaña, que arroja sombras e impide que brille nuestro testimonio...

Es necesario que aprendamos a aceptar y a convivir en paz y respeto con quien nos parece cizaña, sin menoscabo de un examen humilde que nos clarifique y nos lleve a dar testimonio en la unidad del amor, de un amor humilde y entregado, que es el mejor fruto. Sin humildad y amor no es posible un encuentro a fondo con la diversidad, que relativiza -no dogmatiza ni excluye-, pero que enriquece.

Si conservadores e innovadores coincidiesen, humildes y desprendidos, en el **orden o jerarquía** de valores, que expuso en la práctica con su testimonio Jesús de Nazaret; si coincidiesen en la **unión del amor mutuo y fraterno**, coincidirían en lo fundamental.

Coincidiríamos en el respeto a la pluralidad inevitable, muchas veces sana y enriquecedora, con que se manifiesta la esencia del Reino.

Con el Señor como referencia, deberíamos tener siempre muy presente este principio fundamental: La Iglesia -todas las Iglesias- necesitan una revisión constante de sus interpretaciones, de sus ideas, de sus enseñanzas, de sus acciones y de sus tradiciones, así como también de sus estructuras, pues su base humana y su entorno se contaminan con facilidad, muchas veces de modo casi inconsciente.

7.7. La Iglesia del futuro. La religión del futuro.

Son bastantes los autores, -teólogos o exégetas casi todos-, que han reflexionado y analizado el tema, y que apuntan ideas renovadoras muy evangélicas, necesarias para revitalizar la Iglesia y dar respuesta adecuada a las inquietudes espirituales de la sociedad de hoy y del futuro.

El profesor Tezanos ha escrito: “Un orden mundial diferente se ve en lontananza”. Algo similar cabe decir de la Iglesia: Una Fraternidad cristiana universal diferente también se ve en lontananza. Muchos cristianos esperan-esperamos una Iglesia y una religión cristiana del futuro “distinta” de la actual, más saneada, más auténtica, más convertida al Evangelio del Señor, más comprometida con el hombre, aunque otros muchos, como siempre, se resistirán al cambio, y no nos permitan llegar a verla.

Entre esos autores -aunque no puedo olvidar el espíritu que representa Francisco de Asís con su misión de “reparar la Iglesia” o a Erasmo-, recuerdo algunos más recientes como: Rahner, Schillebeeck, Congar, Jeremias, Cox, Häring, Metz, Danielou, Díez Alegría, Caffarena, Castillo, H. Küng, Gutiérrez,, Glez. Faus, Torres Queiruga, Estrada, L. Boff, Sobrino, Ellacuría, Pagola, Pikaza, Arregi, Lègasse, Vitoria, Martini, Casaldáliga, Mnez. Gordo... y otros más, algunos de los cuales se incluyen en la bibliografía.

La Iglesia -y la religión- del futuro la han imaginado y descrito algunos de los autores que acabo de mencionar. Iglesia que debería caracterizarse -dicho sea muy esquemáticamente- por estos rasgos, inspirados en el pensamiento, en el Mensaje y en la vida del Señor. Rasgos que tal vez podrían describirse así:

--Vida comprometida en la tierra, en primer lugar con el testimonio personal y con un alto sentido de trascendencia.

--Conciencia profunda de Fraternidad con el Señor, en torno a Dios Padre.

--Espiritualidad más transformadora, más comprometida, más mística, guiada por el Espíritu, que es el verdadero Maestro.

--Sentido democrático, más igualitario y fraterno. Por lo mismo, Iglesia desjerarquizada, sin cargos sacralizados y vitalicios: con ministerios como servicios -unos

de la palabra-enseñanza, otros de organización y gobierno, otros de ayuda y dedicación a los necesitados; **todos** profetas de persuasión y del cambio a favor del hombre, y cuando sea necesario también de denuncia ante el abuso y explotación del ser humano-, guiados por el Espíritu en el amor y la unión en ese amor, más que en las ideas abstractas. La función de Pedro será un servicio de coordinación, ejercida fraternalmente, con sentido comunitario.

--Por lo mismo, Unión en lo sustancial en torno a Dios Padre y a Jesús el Señor, con el Espíritu; unión en torno al amor, y respeto a la diversidad razonable, a las diferencias... en lo no estrictamente esencial -esencia que constituye un núcleo muy pequeño-. Las ideas no son el primer valor, no las sobrevaloremos. Convergencia, pues, en lo sustancial, consensuado en y con la libertad de la verdad de Dios, conscientes de que el amor y el respeto, la unidad y la convivencia en paz, así como el compromiso solidario, son más importantes. Esto es parte de eso esencial.

--Es necesario destacar que Pedro, siguiendo a su Maestro, era un auténtico servidor: escuchaba, respetaba, consensuaba, no se imponía..., trataba como un igual. Y a veces asumía la función de **enviado** representante de la Comunidad, como se comprueba en Hechos, 8, 14, recuerdo una vez más. De alguna manera todos somos diáconos servidores. Pero la función de Pedro, como primer servidor y coordinador, no puede rechazarse, si queremos ser fieles al Señor. (Otra cosa es qué servidor ejerce esa función y dónde.)

--Testimonio de vida como servicio. Las obras realizadas con amor humilde son la credencial. El ser humano como una preocupación fundamental.

--Ministros que vivan moderadamente y, si pueden, como Pablo, de su trabajo. Siempre con apertura mental..., que permite un acogimiento de corazón, sin discriminaciones... Sin reparos para encharcarse en el barro, para aprender y acercarse al Señor en un gueto de chavolas...

--Carismas: Más compromiso con los humildes y oprimidos, más teología del “Venid, benditos...,” que abre mentes y perspectivas y une inquietudes de distintas procedencias... En caso necesario denuncia profética. Mirar hacia adelante... No olvidar que mirar hacia atrás sistemáticamente, apaga el Espíritu..., y nos convierte en estatuas de sal..., que esteriliza. Es muy importante que Pedro no se petrifique y que, con su testimonio, fortalezca la fe de sus hermanos.

--Menos centrados en dogmas y en formulaciones con terminología extraña que no se entiende, y más libertad espiritual razonable; menos teología teórica y más teología evangélica, más ortopraxia que ortodoxia -aunque ésta no se descuide-; más, mucho más Evangelio que derecho canónico; menos, mucho menos, inquisición, clara o encubierta, y más apertura de espíritu humilde, dispuesto a aprender siempre. Menos protocolo y más sencillez y espontaneidad fraterna. Más fe, mucha más fe y esperanza y amor humildes. Menos centralismo y más apertura... Muy conscientes de que una Iglesia abierta tendría también sus enemigos...

--Combinación de mística profunda, autenticidad, alegría y paz espiritual, con libertad y profetismo. Como diría Mounier, el problema actual es que los místicos no son revolucionarios -no viven entre la gente como transformadores pacíficos, no son proféticos como Jesús-, y los revolucionarios no son místicos y pacíficos, dispuestos a ayudar al hermano apaleado, sin respuestas violentas, pero sí con actitudes firmes y coherentes. (53)

--Reconsiderar las condiciones -¿votos?- del seguimiento más cercano que propuso el Señor, condiciones demasiado restringidas a la vida religiosa tradicional, de las que, a mi juicio, se excluía inconsecuentemente el clero jerárquico “secular”. La señalización sistemática de leyes y conductas de opresión, que favorecen la injusticia y el abuso sobre el ser humano; el compromiso por liberar a los oprimidos y pobres con el ejemplo de vida, con una buena y fiel catequización evangélica y, si es preciso, con una **denuncia** sistemática, concreta y bien fundada..., ¿no es evangélicamente más importante que un voto de obediencia o de castidad?

¿Que la denuncia significa más riesgos? Es el riesgo que entraña el compromiso evangélico que asumió Jesús de Nazaret: Eso significa el seguimiento más cercano al Señor. (Jn. 15, 18) La religión pura es ayudar al necesitado, como nos recuerda la carta de Santiago 1, 27. La religión pura es sacarlo de su postración y hacer todo lo posible para elevarlo a una situación de vida más digna, si es necesario señalando abusos contra el hombre. Sólo con el testimonio del compromiso personal seremos más creíbles y auténticos difusores del Reino. Como diría V. Huidobro: Morirá el cristianismo que no ha contribuido a resolver ningún problema humano.

En consecuencia, católico **practicante** no es oír misa todos los domingos y fiestas de guardar y comulgar por Pascua florida -concepción muy restrictiva que puede llevar a la rutina y pasividad-. Cristiano practicante, seguidor de Jesús, es **en primer lugar** compromiso real con los hermanos necesitados y contribuir a que tengan una vida digna, lo que no es posible sin una transformación humanizadora del sistema. Esa transformación humanizadora también es una parte importante de la **redención**. Una redención que aún queda por hacer.

--No es posible **alianza** evangélica con el poder civil o con el capital, aunque sí puede haber colaboración en aspectos concretos a favor del hombre. Siempre con independencia clara y total, sin riesgos de contaminación. (Ya sé que esto es una utopía de difícil cumplimiento, pero aspiramos y esperamos que algún día los poderosos que quieren dominar entren en razón, aunque sólo sea relativamente; y los creyentes no caigamos en la tentación...)

--Otra vida y otra **moral** en la Iglesia estructura... No Estado, ni nunciaturas, ni banca ni palacios ni joyas ni lujos ni ostentaciones ni tratamientos principescos ni reverencias ni títulos ni estratos ni poderes vitalicios ni vestimentas extrañas que disuenan, ni cálices de oro, ni bastones de plata, ni ritos barrocos, ni carruajes “mercedes”... Odres nuevos, retirar los viejos... (de éstos últimos sólo algunos, como lección y recuerdo para no reincidir..., en un museo.)

Es necesario dar mucha más importancia a estas palabras de Jesús -presentar su mensaje en **odres nuevos** más convincentes-, que deben estar siempre vigentes en su Iglesia y formar parte de nuestro examen de cada día, pues reflejan nuestro grado de comprensión y de conversión, y dan más credibilidad a su Mensaje.

--Revisar la propia **Historia** desde el principio, pues desde el principio se fue ensombreciendo algo la imagen novedosa de Dios, de Jesús y del Reino, y con ello también, en parte, se condicionaron nuestras mentes, nuestro modo de pensar y la misma espiritualidad... Es importante aprender a contemplar la historia sin miedos, con toda la objetividad posible, como espejo, como lección y como terapia liberadora. La verdad nos hará libres.

Por no haber entendido bien al Señor o porque el conservadurismo es más visceral, más tozudo y contumaz, el hecho es que, durante mucho tiempo -siglos-, se impuso en algunos aspectos el concepto de Dios y la espiritualidad penitente de Juan Bautista, así como también un leve **maniqueísmo encubierto** -visión negativa de la materia, del sexo, con “pecado original” ¡nada menos que ligado al sexo!-, de San Agustín. Del Agustín, dedicado sinceramente a Dios, pese a las interpretaciones erróneas ligadas a su circunstancia histórica. Del Agustín genial en algunos otros temas.

--Profundizar en una teología más antropológica, como la del Evangelio, y, como dije, superar la teología metafísica, si se reduce a mera especulación...; tanto que a veces parece que ha rozado lo lúdico intelectual... Esto me recuerda la acusación de Nietzsche a la filosofía, que desde los griegos hasta el mismo Hegel -incluido- había sido más bien teología encubierta. (Lo que da para una interpretación **más profunda** de esa teología encubierta, en la que no entramos aquí.) Ahora bien, ¿no cabe decir algo similar de la teología tradicional: que ha sido frecuentemente más, mucho más filosófica -teórica- que evangélica?

--Menos insistencia en los dogmas -aunque no se descartan-, y más compromiso con el Señor, es decir, con el Jesús del “**Venid, benditos...**” y de las **Bienaventuranzas** y del **Padre Nuestro...** ¿La teología del “Venid, benditos...” no sugiere implícitamente que Jesús admite la posibilidad de otros caminos, incluso de acaso otras religiones, que también conducen a Dios? ¿No enseña que la praxia es más importante que la doxia, y que el culto que Dios prefiere es culto al hombre? ¿Qué es esto más que la confirmación de su **nueva jerarquía de valores** y a la vez manifestación de una creatividad de gran calado, que tal vez aún no hemos entendido suficientemente bien?

--Por eso, mirando al Jesús del Evangelio, ¿no será razonable decir menos Nicea y Calcedonia... y Trento y Vaticano I, esto es, menos reflexión-definición **teórica, abstracta**, a veces de difícil comprensión y redacción, y más Vat. II y III y IV... -aunque éstos no se celebren precisamente en ese lugar tan ostentoso-, o lo que es lo mismo: más teología evangélica, más testimonio comprometido, más respeto a los Derechos Humanos, más y mejor análisis de los entresijos demasiado oscuros -tinieblas- del presente, con vistas a un futuro mejor, más humanizado; así como presentar una **Iglesia esencialmente comprometida con el hombre**, renovada con odres nuevos...? Una

Iglesia que se desprenda del conservadurismo inmutable y ostentoso del pasado y se abra a la perspectiva innovadora, lúcida, servicial, sencilla, humilde y creativa de Jesús de Nazaret, que es el presente y el futuro, no sólo el pasado.

--Antes de finalizar, tal vez sea oportuno recordar de nuevo las palabras-reflexiones del card. Martini:

“La Iglesia debe reconocer los errores propios y debe seguir un **cambio radical**, empezando por el papa y los obispos”... “Nuestros rituales y nuestros vestidos son pomposos... La Iglesia se comporta como aquel joven **rico** que se marchó triste cuando Jesús lo invitó a seguirlo en más perfección”: Vende cuanto tienes y dalo a los pobres... y después ven y sígueme... Los primeros obligados a seguirle en estas condiciones son los dirigentes servidores.

La Iglesia necesita más hombres libres, humildes y cercanos al prójimo, como C. Foucault, como H. Cámara, como O. Romero, como J. Gerardi, como V. Ferrer, como Teresa de Calcuta, como Pío de Pietralcina, como I. Ellacuría, como Pedro Casaldáliga, como Nicolás Castellanos, como Carlos Bazarra, como tantas personas anónimas dedicadas a hacer el bien y a promocionar al ser humano...

En la Europa del relativo bienestar y en América la Iglesia está cansada, es decir, se halla en buena parte instalada, tibia, porque se ha dejado dominar por el sistema, porque se ha aburguesado.

La Iglesia debe emprender un camino de **revisión moral, comenzando por sí misma** e, inmediatamente, seguir por el sistema que explota y somete al ser humano, como si éste fuera un instrumento que se utiliza y desecha. No fue Kant el primero en decir que el hombre debe ser un fin y no un medio, sino Jesús de Nazaret, que lo afirmó casi mil ochocientos años antes, como ya vimos. Es muy significativo que, cuando queremos subrayar la jerarquía de valores y el lugar prioritario que el ser humano ocupa en esa jerarquía, frecuentemente citemos antes a Kant que a Jesús de Nazaret, que había sido tan preciso y contundente en este tema...

¿Por qué ocurre esta anomalía? ¿Qué significa que suceda tal cosa en una sociedad de “raíces cristianas”? Deberíamos pensarlo todos, empezando por la Iglesia docente, que no siempre ha enseñado bien y de modo convincente; que no siempre ha testimoniado su fe con hechos de vida evangélica. Que muchas veces ha devaluado o ensombrecido la doctrina del Señor -la jerarquía de valores evangélicos-, que Kant nos recuerda tantos siglos después.

¿Por qué hoy insistimos en la necesidad de una revisión ética a partir del hombre como valor supremo? ¿Porque nos hemos olvidado de algunos aspectos importantes de la ética del Señor o porque en realidad nunca la aplicamos a fondo, y/o también porque muchas veces la hemos servido en odres viejos? Pensémoslo.

No podemos aplazar por más tiempo una revisión en profundidad de la Iglesia. Revisión, con raíces evangélicas, a favor del Reino de Dios y del hombre, con todas sus

circunstancias. Y en esa revisión sincera deje la piel. Revisión que debe ampliarse también a conceptos y realidades importantes para el ser humano, como la sexualidad, la situación de los divorciados, la valoración real de la mujer, el acceso de ésta a puestos más paritarios dentro de la misma Iglesia etc.

La Iglesia no sólo debe reconocer sus errores -son algo normal e inevitable, en nuestra condición encarnada-, sino también estar dispuesta a corregirlos y a dar oportunidad a los hermanos creyentes a que corrijan los suyos, como puede ser, por ejemplo, un matrimonio inmaduro, condicionado o precipitado, fundado más en intereses o en la apariencias-atracción que en el amor auténtico -que es lo que Dios bendice-, y no sólo en el amor carnal o condicionado..., que es casi siempre pasajero, caduco. Dios no puede bendecir errores y hacerlos irreparables.

Dios no puede bendecir y declarar intocable una decisión inspirada en la inmadurez, en la presión o en el interés humano o meramente político. (Recordemos la lastrada lista de matrimonios consanguíneos reales, que tanto bendijo la Iglesia, recurriendo a **dispensas**..., y que tantos problemas crearon. Para esto hubo más manga ancha...) No deformemos la imagen de Dios. Deformar conscientemente su imagen sí que es un verdadero pecado, con graves consecuencias...

Es preciso recuperar en su autenticidad la palabra de Dios, los dichos y los hechos -**la esencia** del Mensaje del Señor, que como vimos era una persona inteligente y fuerte, coherente, humilde y flexible-, y reflexionarlos más, a fin de interpretarlos con sabiduría, en autenticidad espiritual, y vivirlos mejor. Así como también revisar y actualizar **algunas formulaciones conciliares** de difícil entendimiento, en parte como resultado de ¡¡intentar comprender y explicar la esencia de lo Divino!!, que en nuestra circunstancia nunca entenderemos bien.

Lo mismo que también es necesario, **siguiendo al Señor**, liberar de la imposición eclesiástica obligatoria del **celibato** -se han hecho estudios muy elocuentes acerca del origen y de las motivaciones históricas, a veces muy poco evangélicas, del celibato en la Iglesia latina-; así como ahondar más en el origen, en el sentido y en los límites de algunos **sacramentos** -confesión penitencia, por ejemplo, interpretada e impuesta en el medievo con una visión juricista-; y de modo especial en el ordenamiento litúrgico de la comunión-encuentro fraterno en **la Eucaristía**, profundamente renovado, que a mi entender requiere un mayor sentido de compromiso comunitario fraterno; así como recurrir a la oración más frecuentemente, a solas... -reflexionando despacio cada palabra, por ejemplo, del Padre Nuestro, a fin de descubrir su inmenso mensaje-, y esforzarnos por vivir en autenticidad, que es conversión en profundidad, en lo posible sin zonas de penumbra. Cosa nada fácil, pero necesaria en todo creyente comprometido y sobre todo en quien sirve.

(No quiero soñar demasiado: sé que el servidor es frágil y puede doblegarse y cascar como una caña, como los demás. De ahí que sea tan necesaria una **conversión constante**, fortalecida por la oración humilde..., apoyada por la comprensión y la oración fraterna

de toda la Comunidad; y cuando sea necesario también por una corrección fraterna, amable y humilde, con el fin de que despierte y se reconvierta...)

Quizá puedan aplicarse las palabras de Rahner al servidor del Reino: Debe ser lúcido, fuerte y prudente, pero sobre todo un hombre-mujer de Dios, es decir, una persona buena y humilde con **vivencias místicas** profundas y auténticas, muy convencida de lo que anuncia y representa. Debe ser una persona receptiva y abierta al Espíritu de Dios.

La imagen de Jesús de Nazaret, que, innovador y creativo, rompe con tradiciones que inferiorizan o someten al hombre, y no quiere odres viejos en la transmisión de su Mensaje, es el mejor ejemplo a imitar y seguir. Por eso es, si no se le deforma, si se le entiende bien, **actualidad permanente**, enormemente atractiva y convincente.

De ahí que pudiese decir: Cielo y tierra pasarán, pero no mis palabras, que serán siempre luz que da sentido a esta vida bastante enigmática -por eso la necesidad inevitable, y también razonable, de la fe-, y que por lo mismo serán siempre de pura actualidad, porque tocan esencias.

Si apegados a lo teórico y a las tradiciones humanas -la tradición de verdad, la más fiable, se halla en los Evangelios- presentamos su Mensaje en odres viejos, corremos el grave riesgo de deformarla y de que deje de ser actualidad. El que preside y dirige debe ser un fiel servidor del Reino, que con su testimonio de vida representa -dentro de lo humanamente posible- esa actualidad, siempre nueva, como su Maestro.

Siguiendo a Jesús de Nazaret, el servidor debe ser fidelidad y actualidad permanente, con capacidad de profundización y de actualización constante en el espíritu del Reino. Como Él, y en su nombre, debe anunciar la verdad de Dios como luz, que ilumina nuestro camino y da sentido profundo a nuestra transitoria existencia. De esta manera, el servidor del Reino, con su ejemplo de vida, confirmará y fortalecerá la fe de sus hermanos.

La transmisión de un concepto nuevo de Dios **Padre-Madre-Abbá**, que nos ama; la valoración suprema del **hombre** como un fin en sí mismo -nunca como un medio-, y el concepto igualitario, democrático, **fraterno**, que debe inspirar nuestra convivencia; el concepto de poder como un **servicio** humilde, nunca como instrumento de dominio; **el amor** que practicó y propuso como signo de su Reino; la declaración contundente acerca de la incompatibilidad “**Dios y dinero**”, (es decir, de Dios y negocio especulativo injusto, depredador, convertido en ídolo); la advertencia de que “**no sólo de pan vive el hombre**” -también necesita valores y vivencias internos, **espirituales**, para poder desarrollarse como persona-; el amor, incluso a los enemigos, el perdón sin límites, sin condenar a nadie, y la **unidad en el amor**; la **Eucaristía** como amor que se queda..., el compromiso con el ser humano hasta **identificarse** con él..., resumen la increíble genialidad, única, que destaca el pensamiento y la conducta creativos de Jesús de Nazaret. (Resumen que se encuentra, reitero, en la carta magna de las Bienaventuranzas, en el Padre Nuestro y en la parábola de la evaluación final Venid, benditos...)

De Jesús de Nazaret, Hijo preferido del Padre, en quien, **tras la Resurrección**, delegó todo poder en el cielo y en la tierra. (Mt. 28, 18) Resurrección -Aparición- entendida

como **confirmación** de que verdaderamente en Él no había muerto más que el cuerpo -ahora transformado en energía, lo que en el fondo es la materia-; como confirmación de que **seguía viviendo**, pero en otra dimensión totalmente **espiritual** -que Pablo definiría después como “*zoon pneumatikón*”, cuerpo espiritual-; dimensión gloriosa, donde nos espera. (1Cor, 15, 44)

La Resurrección, pues, no es la recuperación de la vida perdida, sino la muestra de la **transformación** de esa vida -ya independiente de la materia-, elevada a un estado totalmente espiritual. Estado espiritual al que tiende nuestro yo más íntimo, inteligente, libre y capaz de amar -primicia de lo espiritual-, aún sin ser muy consciente de esa tendencia, mientras viva encarnado en la materia.

Así pues, a nosotros, los que queremos ser sus humildes seguidores, pese a todo, nos corresponde -dentro de nuestras muchas incoherencias y miserias, reconocidas o ya inconscientes- reivindicar hoy más que nunca la figura del Señor, y mantener, en todo lo posible, limpia y brillante su Persona y su Mensaje, su Reino, con nuestra esperanza, con nuestro testimonio y nuestra entrega. Persona y Mensaje que son faros que iluminan y orientan. Y de este modo procurar que la pátina del tiempo y de las fragilidades humanas no los oscurezcan. Procurar que no se deforme ese Mensaje creativo e innovador, colocándolo bajo la sombra de la poderosa, estática y a la vez anémica tradición. Tradición que, a lo largo del tiempo, ha incorporado estructuras no cristianas, que deben desmontarse, por ser antitestimonio del Reino.

Este es -quiere ser- el sentido de algunas críticas formuladas con cierto pesar, sin intención de agredir o de complacerme en ellas, porque sé por experiencia lo que es la fragilidad humana; y las formulo como un granito de arena que ayude a santificar el nombre de Dios, a creer y confiar más y mejor en Él.

Así como también a liberarnos de una vida frívola, superficial, sin contenido, y a vivir mejor el anuncio del Reino, la gran Buena Nueva, que trajo Jesús de Nazaret, cuyo pensamiento y conducta son cada día más actuales y más necesarios para la salvación y defensa de la dignidad del ser humano y del buen nombre de Dios Padre Amor, todo Amor, que nos espera, aunque por nuestras limitaciones y prejuicios y flaquezas nos cueste verlo así.

Termino: Somos obra de un Amor tan paterno-maternal, tan inmenso y creativo, que quiso compartirlo con lo más humilde, con lo más débil -materia-energía, en la que Él mismo se encarnó-, pese a los fallos y limitaciones inevitables que conlleva, y al enigma que nuestra situación encarnada encierra. El amor es así: necesita darse, necesita compartir con lo más humilde y de alguna manera despojarse del poder que aleja; por eso el amor se anonada, aunque esto pueda llevar -por nuestra inconsciente rudeza, más profunda de lo que podemos pensar- a no reconocerlo, a cuestionarlo o incluso a despreciarlo.

Por otra parte, tal amor recicla los fallos morales, pues ese amor transforma y eleva... En esto consiste la salvación, que no es otra cosa que AMOR, amor creativo, que se extiende y comparte, que se entrega, que acoge y eleva. En este contexto, me parece que encajan bien las palabras de S. Weill: “**El sacrificio de Dios es la creación por amor**”. Creación por amor a lo más frágil, pese a la miseria inevitable que conlleva, y que un día reciclará con ese mismo amor. ¿Qué nombre le damos a este reciclaje sino el de **salvación**? En este caso, ¿cabe mayor creatividad?

He aquí la increíble figura de Jesús de Nazaret, cuya conducta y pensamiento creativos, si se analizan y entienden bien, son cada día más actuales y más relevantes para el desarrollo del hombre y de una sociedad nueva, mejor y más digna.

En esta perspectiva uno puede declararse convencido seguidor de Jesús de Nazaret -cristiano-, quizá incluso sin tener clara su divinidad (cosa que racionalmente, al margen de la fe, nunca tendremos), como otros pueden declararse partidarios de otros maestros defensores de valores que priorizan al ser humano sobre todas las cosas...

Jesús de Nazaret, en efecto, presenta una concepción de la vida y del hombre, así como unos valores tan elevados y humanizadores, que sólo por eso ya merece ser un **referente fundamental para la Humanidad**. Así lo veía Ghandi, por ejemplo.

Pero hay más: Su Mensaje y sus valores no son rígidos. Jesús, aunque se declara como camino, verdad y vida -porque lo es-, admite y sugiere distintas vías para llegar a Él, como se aprecia en la bendita parábola, tantas veces citada, del “Venid, benditos”. Es decir, Jesús es una persona flexible, abierta, que admite distintas rutas de acceso a su Reino de salvación. Con ello nos está enseñando que no sólo es muy flexible y acogedor, sino que también es enormemente creativo en su Proyecto de Amor, que facilita, que recicla y transforma incluso nuestras miserias.

Lo importante en el creyente es ser fiel -no infiel- al hombre. El ser humano es el camino que lleva a Dios. Como manifesté en otro lugar: “Caminante, sí hay camino: / en el hermano lo encuentras”. No tanto en una iglesia de piedra -con exceso de imágenes en muchos casos-, en una sinagoga, en una pagoda o en una mezquita...

(Permítanme decirlo: Algunas religiones **excluyentes** deberían pensar mejor su fe, sus creencias, a fin de no deformar la imagen de Dios... Nosotros, los cristianos, hemos aprendido algo en este aspecto -ya no somos tan viscerales, tan rígidos como en otros tiempos-, y esperamos -y necesitamos- aprender más...)

Esto encaja perfectamente con el concepto de Dios Padre y Madre, que nos transmitió el Señor, y con el Plan creador, evolutivo, tan diversificado, que conocemos y vivimos cada día. Plan creador que, para un creyente cristiano, se engrandece, culmina y resume preferentemente en Jesús de Nazaret, el Cristo innovador, que nos anunció el **verdadero sentido de nuestra existencia**, de nuestra razón de ser. Y que nos transmitió una imagen más clara e inefable de Dios Padre-Madre, que nos ama y espera.

En la Iglesia de Jesús pasan y pasarán las estructuras humanas erigidas por el hombre -estructuras antiguas y medievales en las que muchos pueden -podemos- hoy sentirse desubicados-, como pasan y pasarán las reglas y constituciones religiosas nacidas en otros tiempos... Pero las palabras -el Mensaje- del Señor no pasarán, porque son de actualidad permanente, sin fecha de caducidad. Caducan las interpretaciones humanas, caducan incluso los antropomorfismos bíblicos, pero no **la esencia del Mensaje** de Jesús de Nazaret. Su palabra no pasa, es siempre actualidad; actualidad a veces más profunda de lo que muchos somos capaces de entender... (54)

Y esa palabra que no pasa, que es constante actualidad, pues toca esencias, ¿qué es -reitero- sino la expresión de la máxima creatividad?

¿Después de analizar y reflexionar acerca del Mensaje de Jesús de Nazaret no tiene razón E. Carrère al decir: “El cristianismo es un invento revolucionario”? Revolucionario, es decir, profundamente creativo. Jesús de Nazaret es la revolución pacífica, es la idea y la conducta siempre actualizada, es la transformación pendiente, que tanto necesita esta sociedad y las religiones y las Iglesias.

N. B.: Como expresé en la Introducción, en este libro de estudio y reflexiones acerca de la Creatividad en Jesús de Nazaret, he intentado ser riguroso, fiel al espíritu del Reino; pero también me ha guiado una intención, más que académica, didáctica y catequética, inspirada en las palabras del Señor: “La verdad os hará libres” y “Presentad el Reino en **odres nuevos**”, sin mezclas viejas, deformadoras, que debilitan la fuerza de su Buena Nueva, pues las mezclas generan más bien un testimonio ácimo, **sin fermento transformador**... ¿Lo he conseguido, al menos en parte?